

Discurso de colación de grado, egresados 2015.
Redactado y pronunciado por Bianca Di Virgilio.

Hoy nos toca volver a nuestro Colegio, este lugar que parece tenernos lazos, que nos da la sensación de que nunca nos fuimos.

El Nacional tiene sus bemoles y por eso lo queremos tanto... y no tanto. Es un sitio que alberga una construcción identitaria tan fuerte que acorta distancias de todo tipo, generacionales, también ideológicas... hay subdivisiones, como en todo, pero sin duda los egresados constituimos un colectivo que se dispara cada vez que oímos que “tal es ex-alumno”. Para nosotros, no hace falta aclarar ex-alumno de dónde. Y cuando tus días de claustros Alsina y Moreno pasaron hace rato, te encontrás contando cómo es vivirlo. Y te encontrás también con que a la otra persona no le importa nada lo que estás diciendo. Y te decís a vos mismo “es porque no fue al Nacional”. Porque es cierto que la experiencia del Nacional de Buenos Aires no es lo mismo que la experiencia de cualquier otro secundario. Por todo lo que dijo Tomás: 6 o 7 años de “abuso psicológico”, el salto ornamental hacia la independencia, para nosotros el turno noche, todo esto forja a los ingresantes en las personas que vuelven año a año a recibir su diploma. Y estas personas tienen un diferencial, me gusta pensar que no somos la excepción. Lo que no es cierto es que ese diferencial nos convierta en Aristócratas del Saber, título que supieron ironizar los compañeros de un tiempo muy distinto al nuestro. Recuerdo de Historia de segundo y tercero, quizás con inexactitud, que la aristocracia tiene un rasgo clave que es su carácter estamental, inamovible. El conocimiento, en cambio, está en constante mutación, afortunadamente.

Cualquier profesional de calidad, de esos que esta casa de estudios se jacta de formar, debería estar actualizándose todo el tiempo, produciendo sentido nuevo, aportando al debate y al perfeccionamiento de su campo de trabajo. Nuestro diferencial, entonces, no pasa por leer la Odisea en primer año, o acordarse de memoria la resolvente. Si fuera solo eso, nadie hablaría del egresado del Buenos Aires de forma diferente a cualquier otro, o al menos no lo haría respaldado

por la realidad. La narrativa oficial no puede seguir siendo que somos destacados porque supimos analizar oraciones en latín o repetir una taxonomía.

¿Qué es entonces lo que nos hace distintos? Porque sin dudas hay algo. Yo quiero proponer, y creer, que los diplomas que se entregan en este Aula Magna no son un símbolo de los años que aquí pasamos, o del contenido aquí adquirido, o de la tradición; sino de lo que nos queda como recursos y herramientas para la vida que nos espera. Lo más importante que el Colegio debería dejarnos es la capacidad de usar nuestra fuente de poder con voluntad y habilidad para construir una sociedad mejor. El máximo orgullo para una institución educativa debería ser formar ciudadanos responsables con pensamiento crítico. Y me consta que nuestra promoción está colmada de personas así. Y personas así no deberían creerse nunca el cuento de la superioridad. Quizás me equivoco, pero para mí el término “superior” habla de una existencia supradimensional, a la que nadie más que los pocos afortunados que ingresan acá pueden acceder y que es inmune a lo que pase con los que quedan afuera. Yo quiero que esa partícula, sea lo que sea, que nos diferencia, exista en cada rincón del país donde haya un estudiante y un profesor. Y que no nos diferencie más, porque una diferencia es una resta. Quiero que se haga, y sobre todo que hagamos, todo lo necesario para que el privilegio que tuvimos no sea más un privilegio, sino una garantía.

En otro orden de cosas, y con esto cierro: Según los números que estuve viendo, el Colegio tiene un porcentaje de deserción del 50% de los alumnos a lo largo de la cursada de primero a quinto año. No sé exactamente si ese número se cumple o no para nuestra promoción pero sí se cumplió el fenómeno. Y cuando los resultados del fenómeno estaban a la vista en los bancos vacíos, lo que se solía decir de los que quedábamos era que éramos “sobrevivientes”.

La educación no es una guerra.

Gracias,

Egresados 2015.